

La Integridad del Mensaje Cristiano

Exhortación de los Obispos del Ecuador al Pueblo

Introducción

La Exhortación del Papa Pablo VI sobre la Evangelización del mundo contemporáneo nos mueve a reflexionar sobre la realidad de la evangelización en nuestra Iglesia ecuatoriana, para ser más fieles a lo que nos propone hoy en Cristo.

I. Observación de la realidad: dos grupos opuestos.

En nuestra reflexión queremos partir de una observación de la realidad.

Observamos en nuestro país la presencia de dos grupos opuestos, que desvirtúan el meollo del aporte cristiano para la realización del hombre: el uno reduce el mensaje del Evangelio y su realización a lo espiritual y extra-terrestre; el otro lo reduce a lo meramente temporal.

Un grupo alimenta y explica con sus afirmaciones parciales los extremos del otro, y viceversa.

Primer grupo: sectas. Integrando el primer grupo encontramos a "misioneros" enviados a nuestra patria por un sinnúmero de sectas, extrañamente casi todas de un mismo país extranjero.

No nos referimos a las comunidades cristianas de las Iglesias históricas, que se esfuerzan por conservar la pureza del Evangelio, y con las cuales se han tenido encuentros y diálogos con el espíritu del Decreto conciliar sobre "Ecumenismo", y no se interrumpirán en lo sucesivo sin que perdamos de vista las normas que deben observarse para que, "ni el Movimiento ecuménico sufra detrimento alguno, ni los fieles caigan en un falso irenismo o indiferentismo" (Dir. del Ecumenismo, I, 2).

Las sectas a las que nos referimos, pese a sus diferencias, casi todas, también extrañamente, coinciden en predicar un Evangelio puramente espiritual, ajeno u opuesto al crecimiento del hombre en la tierra. Según muchos de ellos, el fin del mundo ya llega, y no hay para qué preocuparse de la tierra.

El cielo del mañana debe tranquilizar a los oprimidos de hoy. Para ser elegido de Dios hay que ser sólo espiritual. Cristo, Dios blanco, según una de estas sectas, restauró el Evangelio por medio de un profeta estadounidense. El color de la piel es consecuencia de un pecado de origen.

El contenido de su predicación y sus métodos delatan una concepción del mundo y del hombre, que adormece el alma de un pueblo y le impide buscar un futuro mejor ya en esta tierra.

El mismo laudable esfuerzo por superar el arraigado vicio de la embriaguez y por atender a la salud, suele ir unido a motivaciones individualistas, que los tranquilizan frente a las exigencias de la justicia social.

Comprobamos con preocupación que algunas sectas recurren con frecuencia a medios reñidos con el Evangelio, incluida en estos medios la calumnia.

Algunas sectas, incluso sistemáticamente, matan el sentimiento patriótico, y otras por lo menos prohíben la actuación de sus adeptos en asuntos temporales, como impropia del cristiano.

A donde llegan estos "misioneros" llevan la división y casi siempre la pasividad, esterilizando las fuentes del dinamismo comunitario.

Nuestras leyes no tienen en cuenta suficientemente y no protegen el gran valor nacional de la solidaridad de las comunidades campesinas; solidaridad que crea

lazos similares a los lazos de familia y que es una fuerza poderosa para caminar hacia adelante.

Estas sectas se aprovechan de este vacío y, acogiéndose a la protección que les brinda la libertad religiosa, provocan sistemáticamente y esterilizan la fuerza creativa de las comunidades con la división y el odio.

Quizás muchos de sus adeptos no se proponen producir la división deliberadamente; quizás sus actitudes obedecen a una mentalidad importada, según la cual el hombre es sólo individuo y no miembro de la familia, y el Salvador es sólo "salvador personal" y no salvador de una comunidad. Quizás algunos se asustan del resultado obtenido. Pero todo el enfoque de su predicación, la división, el menosprecio de la cultura nacional conduce a este resultado. Ahí está. No podemos cerrar los ojos.

Para suplir el vacío de doctrina, crean con frecuencia en sus adeptos un complejo de superioridad de "Los únicos salvados", de "Los únicos poseedores de la verdad", de "Los convertidos o renacidos", que los lleva al menosprecio y a la condenación de sus hermanos, al desconocimiento y a la destrucción de sus más auténticos valores y a la ingenua admiración de lo extranjero, atentando, también así, al sentido comunitario y de ecuatorianidad.

Desgraciadamente, algunos rasgos alienantes de esta predicación concuerdan con la mentalidad y también con las opciones, las actitudes y las afirmaciones de algunos católicos que, diciéndose católicos íntegros, quisieran que, en nombre del cristianismo, nada cambiara, para conservar sus privilegios. Algunos de éstos se atreven incluso a constituirse en intérpretes del Evangelio y a señalar el ámbito de la misión de la Iglesia, en contra de sus legítimos Pastores, cuando éstos no concuerdan con sus deseos: se han quedado inmóviles mirando atrás.

Segundo grupo: cristianos para el socialismo. Integrando el grupo opuesto, encontramos, entre otros, a los que tienen el nombre más conocido de "cristianos para el socialismo". Se trata de un Movimiento internacional, en el que ciertos sacerdotes han tomado un papel importante.

Su visión del mundo, si no se ha encerrado, tiende ciertamente a encerrarse en el cuadro de la existencia temporal humana.

Observamos que los cristianos para el socialismo pueden cambiar de nombre, pero que en todos los países —también en Ecuador— conservan los mismos rasgos fundamentales. Comprobamos que los rasgos, con los que se identifican en el encuentro realizado en Santiago de Chile, del 23 al 30 de abril de 1971, y en dos Congresos internacionales, caracterizan también a los cristianos para el socialismo en Ecuador.

En el encuentro de los Movimientos Sacerdotales Latinoamericanos, realizado en Lima en 1973, se dan estas líneas:

1. "El cristiano debe, ante todo, insertarse en la praxis revolucionaria".
2. "El compromiso revolucionario sacerdotal no ha de quedar sólo en el nivel ideológico; ha de llegar a otros niveles de lucha política".
3. "La labor evangelizadora debe asumir el hecho de la lucha de clases y ha de situarse claramente del lado de las clases explotadas".
4. "El papel político del sacerdote es real en la medida en que ejerce su sacerdocio en la Iglesia".

En el encuentro internacional de cristianos para el socialismo, celebrado en Quebec en 1975, a través de una mezcla inconnexa de Biblia y de revolución política, ha quedado en claro que este grupo ha asimilado no sólo el léxico, sino también las tácticas y parte de la ideología marxista.

1. Se desconoce que Dios tiene la iniciativa en la formación y en la manifestación de su plan en favor de los hombres. Según ellos, también el plan de salvación surge de la base.

2. Afirman que hay un marxismo aceptable por los cristianos: el marxismo que parte de la crítica de la religión como ideología favorable a los opresores. Si el cristianismo —dicen— favorece la lucha de clases, puede convivir con el marxismo. Según ellos, hay una fe proletaria y una fe burguesa. La primera es conciliable con un tipo de marxismo.

3. De acuerdo a los documentos de este encuentro, la Iglesia no es una comunidad de amor. No puede estar por encima de la lucha de clases.

Los cristianos para el socialismo sugieren que en la Iglesia de hoy hay oprimidos y opresores. La Iglesia debiera estar integrada sólo por los oprimidos.

La misión de la Iglesia se reduce a la denuncia de las injusticias, aunque ellos mismos reconocen en Quebec que “en países socialistas exigen que en el mundo capitalista los creyentes deben hacer una crítica social; pero, una vez que se llega al socialismo, la fe es un asunto privado, intra-ecclesial”.

4. Los cristianos para el socialismo se asignan en Quebec varias tareas: “la explicación de la lucha de clases en el interior de la Iglesia institución”; el descubrimiento de posibles alianzas tácticas de las fuerzas revolucionarias con tendencias, movimientos o personas dentro de la Iglesia”; “el desbloqueo ideológico de los cristianos para hacer posible su inserción en la militancia revolucionaria”.

5. Las estructuras parecen tener, según ellos, un influjo determinante e independiente de las actitudes internas de la persona. Los cristianos para el socialismo pretenden leer la Palabra de Dios desde esta perspectiva y no admiten, como coherente con el Evangelio, sino una línea de acción, que lleva a suprimir las estructuras externas de dominación.

6. El oscurecimiento de la personalidad de Cristo y, por lo mismo, de lo que es la Iglesia, va unido a la sacralización de ideologías y de jefes.

Para ellos Cristo es el símbolo del pobre y del revolucionario. Su redención es liberación política y económica.

7. Evangelizar significa para ellos hacer tomar conciencia a los oprimidos de su situación de opresión y de denunciar a los opresores su estado de pecado, para liberarlos de él, mediante la revolución violenta y la lucha de clases.

La fe es sinónimo de compromiso revolucionario. La Iglesia debería ser un grupo de presión.

8. Dominados de una obsesión por lo político, reducen la actividad de la Iglesia a la actividad política. La denuncia conserva sólo el nombre de profética; en realidad quieren una denuncia meramente política. Pecado es la injusticia social. No hay otro pecado, sino la injusticia social.

Advertimos en nuestra Iglesia el peligro de que unos pocos sacerdotes aprovechen de su prestigio de tales, para poder servir a esta ideología, abusando del aprecio del pueblo por el sacerdote.

II. Reflexiones

Frente a uno y a otro grupo queremos recordar la verdad fundamental de que el misterio de la Iglesia, por una admirable analogía, es comparable al misterio del Verbo Encarnado, y que su misión es continuación de la obra de Cristo, Dios-Hombre. Cristo Dios-Hombre es el centro del mensaje cristiano.

“La evangelización —nos dice Pablo VI— debe contener siempre —como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo— una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho Hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios. No una salvación puramente inmanente, a medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se adentifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino

una salvación que desborda todos estos límites, para realizarse en una comunión con el único Absoluto, Dios, salvación trascendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad" (A. E., 27).

Sería fácil aceptar en Cristo sólo al Dios lejano, al Dios individual, que promete un cielo desligado de la tierra y que no tiene exigencias en la vida diaria y en la comunidad humana.

Sería también fácil aceptar en Cristo sólo al hombre que se adapta a nuestros deseos y a nuestra medida, y nos ofrece un paraíso en la tierra.

Lo difícil y lo fecundo está en aceptar la verdad revelada, según la cual Cristo es Hijo de Dios y hermano de los hombres; según la cual, Cristo ha asumido en su Persona todo lo humano. Todo lo humano para Cristo es importante. El crecimiento integral del hombre es homenaje a Dios. Cristo nos afirma que el reino de Dios ya ha comenzado aquí en la tierra, en la apertura del hombre hacia los otros hombres y hacia el Padre.

Cristo, Hijo de Dios, se ha hecho Hombre, para suprimir el egoísmo y el aislamiento, y para unir a los hombres entre sí y a los hombres con Dios.

Cristo es "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (*Jn* 1, 29). "El salva al pueblo de sus pecados" (*Mt* 1, 21). "Todo el que comete pecado es esclavo; y tan sólo cuando el Hijo del Hombre nos liberte seremos verdaderamente libres" (*Jn* 8, 34-36).

Cristo nos amonesta diciendo: "Del corazón del hombre nacen los pensamientos malos, las fornicaciones, los hurtos, los homicidios, las codicias, las maldades, el fraude" (*Mc* 7, 21-22).

Nacen del interior; pero se entrelazan y establecen condicionamientos externos de codicia, de fraude, etc., que impiden a los hombres el vivir como hermanos y como hijos de Dios.

Cristo, al señalar la raíz del mal, no indica en el interior del hombre un refugio para su evasión, sino una fuente vital de transformación y de compromiso con el mundo y con la comunidad humana.

La Iglesia, plenitud de Cristo Dios-Hombre (*Lumen gentium* 1, 7), señala siempre una doble localización del mal y una doble dirección para el esfuerzo de rectificación: lo espiritual y lo material, lo interior de la persona y las estructuras condicionantes. Hay un doble aspecto, pero de una misma realidad humana.

El Papa una vez más nos recuerda en su Exhortación Apostólica: "La liberación no puede reducirse a la simple dimensión económica, política, social o cultural, sino que debe abarcar al hombre entero en todas sus dimensiones, incluida su apertura al Absoluto" (A. E., 32).

El Papa continúa: "La Iglesia considera ciertamente importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas y menos avasalladoras; pero es consciente de que, aun las mejores estructuras, los sistemas más idealizados, se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones humanas del hombre no son saneadas, si no hay una conversión del corazón y de mente por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen" (A. E., 36).

En consecuencia, la Iglesia de Cristo no puede ser protectora del inmovilismo, ni ser neutral frente al crecimiento integral del hombre. Este crecimiento tiene dimensiones que superan el espacio y el tiempo; pero está enraizado en el hoy, en la justicia y en el amor. La Iglesia es Cuerpo de Cristo en permanente crecimiento "para su edificación en el amor" (*Ef.* 4, 14-16). Nuestra fidelidad es fidelidad al Espíritu de vida, no a la letra muerta, ni a un ayer fosilizado.

III. Elementos de un compromiso de acción

La descripción de la realidad y las reflexiones sobre la misma nos han de guiar a un renovado compromiso de acción.

Queremos señalar a todos los ecuatorianos de buena voluntad algunos elementos que nos parecen importantes en la línea de acción.

Recordamos que los padres de familia son los primeros e insustituibles educadores de la fe en diálogo de amor con sus hijos.

Llevemos la Palabra de Dios a todos los sectores, también a los física o espiritualmente alejados. Esta es la primera tarea de sacerdotes, de religiosos y del creciente número de apóstoles seglares. Sabemos que podemos pedir a algunos un esfuerzo todavía más grande.

Aspiramos a que la Biblia anime cada vez más la oración de los cristianos y sostengan su compromiso con las aspiraciones de la comunidad humana.

No se puede relegar el anuncio espiritual del Evangelio para una etapa, en la que los problemas humanos de pobreza, injusticia y opresión hayan sido resueltos: todo hombre es capaz de dar una respuesta a Dios.

Nuestra predicación ha de ser fiel a Cristo Dios-Hombre. Por lo mismo, no ha de presentar un plan de Dios puramente espiritual, individual, angelizado, evasivo, sensiblero; prediquemos el amor a Dios que exige, como expresión primera, transformaciones hacia la justicia entre los hombres.

Prediquemos a Cristo que nos da una esperanza enraizada en el hoy y el aquí, pero abierta a la segunda venida del Salvador de la familia humana.

Este es el aporte específico e insustituible de todos los miembros de la Iglesia, especialmente de los sacerdotes, de las familias y de los apóstoles seglares, para el crecimiento integral del hombre ecuatoriano.

Esta es la mejor respuesta a quienes tienen sed de la Palabra de Dios y a quienes, por diversos motivos, reducen a Cristo o a sólo Hijo de Dios o a sólo hermano de los hombres.

En cuanto a la fuerza disolvente de las sectas, llamamos la atención, no sólo de quienes ejercen autoridad, a veces sujetos a presiones externas e internas favorables a las sectas, sino, ante todo, del ciudadano común, para que se evite el peligro de que lo religioso encubra otros objetivos contrarios al crecimiento integral de la familia ecuatoriana.

Respetemos toda expresión genuinamente religiosa. La podemos reconocer como tal, entre otras maneras, por los medios que utilicen y por el respeto de la libertad y de la dignidad personales.

Es necesario precautelar la dignidad, sobre todo de los ciudadanos sencillos, liberando a sus comunidades de la provocación que frecuentemente va unida al proselitismo.

El amor debe llevar a todos a comprometerse en la realización del bien común; el bien común está servido preferentemente por la política.

Ningún cristiano, y menos un Pastor, puede ser insensible ante el bien común y, por lo mismo, ante la política; debe promover el compromiso político. Pero al mismo tiempo todo cristiano, y especialmente el Pastor, ha de tener en cuenta que en lo concreto hay diversas maneras de conjugar el amor y la justicia en una sociedad determinada. Ha de promover la justicia y el amor, sin pretender que la solución de un grupo, o de un partido, sea la única posible evangélicamente.

Todo cristiano puede libremente y, en ciertos casos, debe afiliarse a un partido, o a un movimiento político; pero no puede fomentar ideologías contrarias a su fe.

Particularmente recordamos a todos los fieles, y especialmente a los sacerdotes, que un seguidor de Cristo no puede abrazar, ni siquiera bajo el disfraz de una causa meramente política, doctrinas materialistas o ateas; menos aún puede apo-

varlas; ya que el materialismo y el ateísmo evidentemente son incompatibles con el Evangelio de Jesucristo.

Jesús encomendó al sacerdote la obra de la reconciliación (2 Cor 5, 18) no sólo con Dios, sino también la reconciliación entre hermanos que pugnan por intereses contrapuestos. Esta reconciliación es fruto de una transformación que permite a los hombres atender a sus intereses con corazón abierto, a crear estructuras con actitud de hermano.

“Reconociendo los valores esenciales de la política que puede ser, según la expresión pontificia, una eminente forma de caridad, la Iglesia quiere que el sacerdote, cuya misión fundamental es el servicio a la unidad profunda de la Iglesia, por el ministerio de la Palabra y de la Eucaristía, haga esta renuncia dolorosa para tutelar valores más profundos”.

El sacerdote ha de impedir el empobrecimiento de la esperanza humana y su enclaustramiento en el marco estrecho del tener y del poder; marco más cercano a los partidos políticos.

Precisamente el interés por el bien común y por la política, que sirva al amor y a la justicia, exige la libertad del sacerdote frente a toda solución partidista.

Los Pastores de la Iglesia, precisamente para servir la causa del amor y de la justicia, hemos de mantener libertad frente a los grupos.

Libre de presión de grupos, el sacerdote puede promover la unidad y acicatear en la marcha hacia formas de convivencia más fraternas.

El sacerdote libre puede hacer descubrir las deficiencias de las ideologías, que prometen en la tierra la liberación de las limitaciones en todas las esferas de la existencia humana.

También el sacerdote tiene libertad de formarse sus propias opiniones y de tomar su propia opción política; pero ha de cuidar de que ellas no lo conviertan en un dirigente público en momento alguno, menos aún cuando ejercita su ministerio.

Ningún sacerdote puede aprovechar su condición de tal, manipulando el Evangelio y su ministerio, para arrastrar a grupos de cristianos eclesiales.

Los sacerdotes no pueden ni afiliarse y menos militar en un partido político.

Si en algún caso excepcional el bien de la comunidad exigiera que un sacerdote militase en un partido político, los obispos pensamos que el hipotético consentimiento de la Iglesia debería estar condicionado a una suspensión transitoria del ejercicio ministerial.

Conclusión

En las sesiones del Sínodo Episcopal toda la Iglesia se reúne periódicamente, representada por algunos de sus Pastores, en torno al Papa, para revisar su servicio y proyectarlo en favor del hombre de nuestro tiempo.

Que una difusión más activa de la Palabra de Dios y una mayor fidelidad a la Persona de Cristo, suprema expresión de su Mensaje, sea la mejor preparación de la Iglesia en Ecuador para el Sínodo sobre la Catequesis, que se celebrará el año próximo.

Quito, 26 de septiembre de 1976.

Firman 28 Obispos.